EL ESTADO DEL ALMA
(2001)

Escenario

La sala de espera de una oficina estatal. El mobiliario es antiguo. En la pared cuelga el retrato de Artigas ante la Puerta de la Ciudadela.

Personajes

ALICIA.- 45 años
MARIANA.- 45 años
UN HOMBRE.- 50 años
UN MUCHACHO.- 20 años
JOSÉ ARTIGAS.- Él mismo.

En la oscuridad, se escuchan forcejeos y quejidos con el diálogo siguiente.

MARIANA.- *(Sollozando)*. No... por favor... por favor... no...

ALICIA.- No tengas miedo.

Se escucha el estampido de un disparo de revólver y el golpe de un cuerpo contra el piso.

MARIANA.- Nooooooooooooo...

Un segundo disparo corta su grito. Otro golpe de cuerpo contra el piso. Pasos masculinos que se alejan y silbido de la melodía del vals "Danubio Azul" (¿o de la marcha "Mi bandera"?)

Pausa.

Un faro piloto ilumina débilmente el rostro de Artigas en el cuadro de Blanes.

ARTIGAS.- *(Se escucha su voz en off, monótona, robótica)*. Clemencia para los vencidos – clemencia para los vencidos – clemencia para los vencidos – clemencia para los vencidos...

La luz se enciende a giorno y descubre la sala de espera de la oficina estatal. Pasados unos instantes, Alicia entra a escena. Luce formal, a la manera de haber salido de trabajar en un banco de la Ciudad Vieja. Está apurada, mira el reloj pulsera con preocupación.

ALICIA.- Me van a matar. Qué papelón.

Se dirige al extremo opuesto y habla hacia afuera.

ALICIA.- Hola... Con permiso...

Golpea las manos. Primero delicadamente. Después con fuerza. Es inútil. Se encoge de hombros, mira el reloj otra vez y se sienta a esperar. Silba la melodía de "Muchacha ojos de papel" de Almendra. Intrigada, se incorpora para espiar hacia donde ha estado llamando. En ese momento entra Mariana. Viste de manera informal, con jean y championes, y camina despacio, despreocupada.

MARIANA.- *(Por mera formalidad)*. Buenas tardes.

Alicia se sobresalta por la sorpresa.

ALICIA.- Ah. Buenas tardes...

MARIANA.- *(Mirándola bien)*. No lo puedo creer. ¿Sos vos?

ALICIA.- *(La reconoce y le habla con rencor).* ¿Qué hacés acá?

MARIANA.- *(Afectuosa).* ¿Alicia? ¡Sos vos! ¿Cómo estás?

Mariana se acerca para abrazarla efusivamente. Alicia se deja abrazar, pero se mantiene seca.

ALICIA.- Qué decís, Mariana.

MARIANA.- *(Sin percibir su frialdad).* Che... ¡Qué gusto verte! ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¡Una punta de años! ¡Lo menos veinte años!

ALICIA.- Veinticuatro años, Mariana.

MARIANA.- Veinticuatro años, qué increíble...

Alicia le hace una sonrisa seca.

MARIANA.- La última vez que nos vimos estabas embarazada, ¿te acordás? Contame cómo está... ya estará enorme...

ALICIA.- Lo perdí.

MARIANA.- Pah. Disculpame. En fin... Tuviste tiempo de tener otros...

ALICIA.- No.

MARIANA.- Bueno, no importa. ¡Vamo'arriba! ¡Vamo'arriba, che!

ALICIA.- ¿Por qué venís acá?

MARIANA.- Por lo mismo que vendrás vos, supongo. Yo estaba esperando que me citaran. Es importante darle una mano a esta gente, ¿no?

ALICIA.- No.

MARIANA.- *(Ríe con incredulidad).* Me estás jodiendo.

ALICIA.- ¿Qué es de tu vida, Mariana?

MARIANA.- Bien. Bastante bien. Sobreviviendo, como todos los uruguayos. ¿Y vos?

ALICIA.- Acá.

MARIANA.- No sabés qué alegría que me da verte.

ALICIA.-...

MARIANA.- ¿A vos no?

ALICIA.- ¿A mí no qué?

MARIANA.- No se te ve muy contenta que digamos. No hace falta ser Boris Cristoff para darse cuenta.

ALICIA.- No, para nada. Estoy bien.

MARIANA.- Estás bien pero no estás contenta.

ALICIA.- Bueno, che, no hay por qué andar a las risas, ¿no?

MARIANA.- Hace más de veinte años que no nos vemos. Éramos amigas.

ALICIA.- Perdoname, Mariana, yo soy así. Vos me conocés.

MARIANA.- Precisamente porque te conozco me extraña.

ALICIA.- Bueno. Pasó tanto tiempo que una tiene derecho a... Pero al final, ¿qué tengo que estar dándote explicaciones, Mariana? Dejate de joder.

Se sienta y husmea en su cartera, dando el diálogo por terminado. Mariana se le acerca, intrigada.

MARIANA.- Eh... Veinte años... Twenty years... *(le pasa la mano por delante de la cara, como para despertarla de la hipnosis).*

ALICIA.- Mariana...

MARIANA.- Vos estás mal conmigo.

ALICIA.- No.

MARIANA.- Estás caliente conmigo y quiero saber por qué.

ALICIA.- No es contigo.

MARIANA.- Ah, no es conmigo.

ALICIA.- No.

MARIANA.- ¿Y entonces con quién? Contame.

ALICIA.- Con nadie.

MARIANA.- Dale, que te conozco, batí.

ALICIA.- *(Estallando).* Con la "Comisión para la Paz" y "el estado del alma" y "sellar la paz entre los uruguayos" y todo este viaje...

MARIANA.- Te parece demagogia... Te parece que es al pedo, que no sirve para nada...

ALICIA.- No es eso.

MARIANA.- ¿Entonces?

ALICIA.- No quiero meterme en este asunto, Mariana. Yo vine acá por no pasar por maleducada. Pero no tengo la menor gana de revolver la mierda.

MARIANA.- ¿"Revolver la mierda"?

ALICIA.- No es contigo. Es con todo esto.

MARIANA.- Perdoname, pero... ¿vos a qué le llamás "revolver la mierda"?

ALICIA.- A lo que vos llamás "heroica gesta revolucionaria".

MARIANA.- No fue mierda, Alicia.

ALICIA.- A ver... empezá. Ya veo que no cambiaste nada.

MARIANA.- *(Ríe).* Al revés. ¿No sabías que la vejez acentúa los defectos?

ALICIA.- Si estás esperando que te diga que no sos vieja, vas muerta.

Mariana ríe con ganas.

ALICIA.- *(Sin participar de la risa).* Tus truquitos me los sé de memoria.

MARIANA.- Lamento si vos te sentís vieja, che, porque yo estoy genial. Nunca estuve mejor.

ALICIA.- Te felicito.

MARIANA.- En estos años tuve mis altibajos, ¿sabés? Pero... no sé... llega un momento de la vida en que una dice... chau... voy a vivir como quiera y hacer lo que quiera.

ALICIA.- Aprovechá entonces, que después que pases esa puerta no te vas a sentir tan bien.

MARIANA.- Vos lo que tenés es un susto infernal, ¿no?

ALICIA.- ¿Susto de qué?

MARIANA.- De acordarte. ¿Bajaste cortina?

ALICIA.- Claro que bajé cortina. Claro que bajé cortina. ¿Qué quieren ahora con esta historia? ¿Por qué nos vienen a joder otra vez?

MARIANA.- (*Medio agresiva*). Entonces la solución para vos, ¿cuál es? ¿"Los desaparecidos, bien gracias"? ¿"Tapá todo y miremos al futuro"?

Alicia baja la cabeza.

MARIANA.- ¿"Viva la ley de impunidad"? ¿Votaste amarillo?

Alicia permanece con la cabeza gacha.

MARIANA.- (*Cambiando el tono*). ¿Votaste amarillo?

ALICIA.- No sé qué pasa que no nos atienden. Allá se escuchan voces, se ve que hay gente. A mí me citaron a las ocho. Yo llegué ocho y diez, pero no creo que se hayan ido, ¿no?

MARIANA.-...

ALICIA.- En la planta baja me dijeron que no se habían ido todavía.

MARIANA.- Siguen hasta tarde. Está viniendo mucha gente.

ALICIA.- (*Golpeando las manos*). Yo llamé hoy, apenas llegué. Y no vinieron. Se ve que están reunidos o...

MARIANA.- No sos la primera que le pasa esto. ¿Sabés qué descubrí en algunos compañeros que vivieron esa época? Una especie de... vergüenza. En lugar de estar orgullosos, se sienten como pasados de moda. Qué triste, ¿no?

ALICIA.- Sí. Arrepentirse es triste.

MARIANA.- Y te digo más. Te digo más. Nos asustaron tanto con todas las bestialidades que nos hicieron, que incluso después de la dictadura, nos quedó como un pánico de contar lo que nos había pasado. De transmitirle a los chiquilines lo que pasó en este país. Por eso ahora ves que los guachos de quince y veinte años están para la pavada, no tienen la menor idea de todo lo que nos pasó.

ALICIA.- (*Con ironía*). No, no, por suerte ocupan los liceos, como hacíamos nosotros.

MARIANA.- (*Sin captar la ironía*). Por suerte algunos ocupan los liceos, sí señora. Aunque no haya referentes, aunque no haya comunicación ninguna, la rebeldía está viva, ¿te das cuenta?

ALICIA.- ¿Vos tenés hijos?

MARIANA.- No.

ALICIA.- Si yo tuviera un hijo y mi hijo ocupara el liceo, entraría al liceo y lo sacaría a patadas en el culo.

Pausa. Mariana no da crédito a sus oídos.

MARIANA.- Qué coherente, ¿no?

ALICIA.- ¿A vos te parece que un pendejo que no se sabe lavar los calzoncillos puede opinar sobre la reforma de la enseñanza?

MARIANA.- No. Es preferible que se queden en la casa mirando "Video match".

ALICIA.- ¿Y qué tal estudiando?

MARIANA.- ¿Y qué tal participando, soñando, peleando?

ALICIA.- "Obreros y estudiantes, unidos y adelante"...

MARIANA.- ¿Qué pasó con tu idealismo? ¿Lo pinchaste con esos tacos?

Pausa. Alicia sonríe.

ALICIA.- No hizo falta, Mariana. Como los globos de los cumpleaños. Algunos explotan en lo mejor de la fiesta. Otros sobrevivimos y nos vamos desinflando despacito, hasta quedar hechos una pelotita blanda que anda por el piso, sin gracia ninguna.

MARIANA.- Vos te sentirás así. Yo no.

ALICIA.- A nosotros mal o bien nos prepararon para una muerte heroica. En combate. En la tortura. No estaba en nuestros planes la posibilidad de perder la guerra y terminar, veinte años después, trabajando en la sucursal Ciudad Vieja de un banco extranjero.

MARIANA.- (*Ríe*). Bueno, bueno, empiezo a entender. Tu problema es que perdimos la guerra. Te aclaro que a mí no me prepararon para una muerte heroica. Yo estoy feliz de estar viva y pienso seguir rompiendo las pelotas a todo el que tenga a mi alrededor, defendiendo lo que me parece justo.

ALICIA.- Ay, Mariana, por favor. Me hacés acordar a los Rollings, que están viejos decrépitos y se siguen disfrazando de transgresores...

MARIANA.- Con el banco extranjero ése... ¿cuál es el problema? ¿Acaso no podés expresar lo que sentís adentro del gremio?

ALICIA.- No estoy agremiada.

MARIANA.- ¿Qué?

ALICIA.- No estoy agremiada. No me quiero agremiar.

MARIANA.- (*Con rencor*). Te da beneficios extra.

ALICIA.- No. Me da vergüenza.

Pausa.

ALICIA.- Me da vergüenza jugar a la proletaria siendo una privilegiada.

MARIANA.- ¿Qué hizo la vida contigo, che? ¿Cómo cambiaste tanto?

ALICIA.- ¿Y vos, (*remarcando con desprecio*) "che"? ¿Cómo hiciste para quedarte en el período jurásico?

Mariana sonríe. Después empieza a reír tristemente.

ALICIA.- ¿De qué te reís?

MARIANA.- Nos adorábamos. Éramos amigas del alma. ¿Te acordás?

Alicia asiente.

Juego de canciones. Mariana canta distintos estímulos y Alicia termina evocando "Muchacha ojos de papel" de Almendra.

MARIANA.- ¿Te acordás de aquel baile de quince? *(se ríe)*.

Alicia sonrío espontáneamente, aunque no quiere bajar las defensas.

MARIANA.- ¿Aquel baile de disfraces, te acordás?

Ríen juntas.

MARIANA.- Ahora sería más común, por ese festejo de Halloween... Pero en esa época, fue una casualidad increíble.

ALICIA.- Claro... ahora se visten de brujas y todo eso...

MARIANA.- *(Reviviendo ese momento)*. "No me digas de qué te vas a disfrazar"...

ALICIA.- "Vos tampoco me digas nada".

MARIANA.- "Nos tenemos que descubrir, ¿tá?"

ALICIA.- "Ponete una careta que te tape bien toda la cara y no hables".

MARIANA.- "Tá. A que no me descubrás".

ALICIA.- "A que sí".

Ríen a carcajadas.

MARIANA.- ¿Cómo pudimos elegir exactamente el mismo disfraz?

ALICIA.- Nena... Porque era el único que la careta te tapaba toda la cara, nada más que por eso. Los demás eran con antifaces, te dabas cuenta a la legua.

MARIANA.- ¿Qué era? Era como una calavera, ¿no?

ALICIA.- Las dos nos pusimos lo mismo. Era un enterito negro bien ajustado, con los huesos del esqueleto pintados así... y claro... la careta era una calavera de cartón, que te la ponías como una capucha. La única manera que no nos reconociéramos por el pelo.

MARIANA.- Perdoname... pero si elegimos el mismo disfraz es porque éramos parecidas en todo...

ALICIA.- Era porque no había variedad. Si vas ahora a Tienda Inglesa encontrás de todo... todo tipo de...

MARIANA.- *(Marcando una diferencia)*. ¿Vas mucho a Tienda Inglesa? Qué espléndida.

ALICIA.- Ay, ¿qué tiene?

MARIANA.- Sólo falta que compres por internet.

Alicia empieza a congelar su buen humor.

ALICIA.- No sé si estarás al tanto de un invento muy importante... el automóvil.

MARIANA.- Perdón. Me olvidaba que me quedé en el período jurásico.

ALICIA.- ¿A qué te dedicás ahora, Mariana?

MARIANA.- (*Eludiendo la respuesta*). ¿Acá cuándo llaman? Yo nunca vi nada igual.

Golpea las manos. Primero tímidamente y después con fuerza.

ALICIA.- ¿En qué trabajás?

MARIANA.- Yo no me puedo quedar a vivir acá.

ALICIA.- ¿Me escuchás?

MARIANA.- ¿Qué?

ALICIA.- ¿A qué te dedicás?

MARIANA.- ¿Yo, ahora? De todo un poco.

ALICIA.- ¿Tenés laburo?

MARIANA.- (*Dubitativa, como escondiendo algo*). Sssí. Por mi cuenta.

ALICIA.- Y... ¿se puede saber?

MARIANA.- Tengo miedo de que se hayan ido y nos hayan dejado acá de seña.

ALICIA.- No me vas a decir.

MARIANA.- No.

Apagón brusco. En la oscuridad se escuchan ruidos de descargas eléctricas, gritos femeninos desgarradores, cabezas sumergidas a la fuerza en latones llenos de agua, jadeos, ahogo y en medio de todo esto, las siguientes palabras, sueltas, descoordinadas.

TORTURADOR.- Cantá, hija de puta.

MARIANA.- (*Sollozando*). ¡Yo no sé nada!

TORTURADOR.- Te voy a matar, puta de mierda.

MARIANA.- ¡No! ¡Por favor!

TORTURADOR.- Conchuda hija de puta.

ALICIA.- (*Entera*). Aguantá.

TORTURADOR.- ¡Vos callate, que a vos también te va a tocar! ¡Yegua!

MARIANA.- (*Rompiendo a llorar desgarradoramente*). No, por favor... Noooo...

ALICIA.- (*Fría*). Hijo de puta. Asesino. Facho de mierda.

TORTURADOR.- Callate que termino con ella y empiezo contigo, puta.

MARIANA.- (*En un grito*). Noooooo.

ALICIA.- Aguantá, Mariana, te lo pido.

TORTURADOR.- ¿O querés que te vuelva a coger, puta de mierda?

Los gritos de Mariana se ahogan en el fondo del latón. El faro piloto desgarrar la oscuridad, iluminando otra vez el semblante de Artigas y el sonido se apaga de golpe.

ARTIGAS.- (*En off*). Respetad a los prisioneros – respetad a los prisioneros – respetad a los prisioneros – respetad a los prisioneros...

Lentamente el retrato y la voz de Artigas se apagan. Se enciende la luz general. Mariana y Alicia están nuevamente en la sala de espera.

MARIANA.- *(Mirando hacia afuera)*. Esto va a llevar horas. Allá se ve que están como tomando nota.

ALICIA.- *(Contrariada)*. Me quiero ir. Yo tengo cosas que hacer.

MARIANA.- Nada es más importante que esto.

ALICIA.- ¿Qué sabés de Pablo?

MARIANA.- *(Se vuelve, interesada)*. ¿Pablo... tu compañero? Si no sabés vos...

ALICIA.- Él zafó, yo perdí el bebé y no nos vimos más. Supongo que está afuera, ¿no?

MARIANA.- *(Se hace patente que está ocultando algo)*. No sé. De veras, no sé.

ALICIA.- Alguien me dijo que en el 78 se fue a Suecia, ¿puede ser?

MARIANA.- Puede ser, pero no sé.

ALICIA.- A mí no me escribió nunca, ¿y a vos?

MARIANA.- *(Está nerviosa, habla con cautela para no dar a entender lo que sabe)*. Menos. Menos. Si no te escribió a vos.

ALICIA.- Él sí que encontró la manera de bajar cortina, ¿no te parece?

MARIANA.- *(Con tristeza)*. Espero que no.

ALICIA.- Mirá, no me extrañaría nada. La línea siempre nos la diste vos. Él admiraba a su compañera de banco, te idolatraba. Salíamos como pareja y el muy boludo se pasaba hablándome de vos. Te imaginarás que a esa altura yo te había perdido toda la simpatía.

MARIANA.- No era tan así. ¿Te acordás en las asambleas del Zorrilla? Se ponía como loco. Se exaltaba. Aquella noche, cuando una barrita de fachos lo esperó a la salida, en la parada de ahí, de Bulevar España. Eran como cuatro y los enfrentó a todos. Lo hicieron bolsa, pero él no se achicó, ¿te acordás? Era un loco de la guerra.

ALICIA.- Vivía atormentado pensando cómo podía agradarte.

MARIANA.- ¡Nada que ver!

ALICIA.- Sí, Mariana, sí. Sacaba pecho sólo para llamarte la atención. Te admiraba.

MARIANA.- Dejate de joder. Si te quería a vos.

ALICIA.- Pero yo a él mucho más. Tanto lo quería, que entré por él. Mirá si lo querría.

MARIANA.- Entraste porque quisiste. Si no, te quedabas en tu casa.

ALICIA.- Todo con tal de estar al lado de él. Y me sentía una estúpida. Porque le andaba atrás como un perrito y lo que él hacía era seguirte a vos. Nos metiste a los dos, Mariana.

MARIANA.- A vos se te pelaron los cables con esa época. ¿Te olvidás de lo peleadora que eras, de los huevos que tenías?

ALICIA.- Era el personaje que me impuse, para sentirme a la altura de él. Y lo mismo él contigo. Estábamos los dos atados a vos. Vos nos marcaste el camino. Nos cagaste la vida.

MARIANA.- Qué horrible lo que decís. Es increíble cómo deformás la historia. Te diste vuelta como una media en todas tus convicciones y me inventaste a mí como la culpable de todo. ¿Nunca probaste una terapia?

ALICIA.- Perdoname que te traiga a la realidad, de ese sueño que te inventaste para lavar tus culpas. Nosotros no éramos teóricos del marxismo. No teníamos conciencia revolucionaria ni ninguna de esas etiquetas estúpidas que estaban de moda. Éramos unos guachos, unos guachos que nos metimos en algo que nunca entendimos. Caímos en todo ese lío, como podíamos haber caído en una secta religiosa, en una hinchada de fútbol, en cualquier cosa.

MARIANA.- Nosotros participamos de un movimiento maravilloso. Tendrías que estar orgullosa. Fuimos jóvenes en el momento justo y en el lugar justo. Nos subimos a una ola de justicia que fue mundial. Mundial. Gracias a nosotros...

ALICIA.- Gracias a nosotros hubo doce años de dictadura.

MARIANA.- ¡Andá a cagar!

ALICIA.- Acercamos el fosforito al bidón de nafta. Alegremente.

MARIANA.- No, perdoname, pero estás tan reaccionaria que me supera.

ALICIA.- Y lo peor de todo es que no hubo nadie que nos advirtiera lo que nos iba a pasar. Creíamos que iba a ser tan divertido como una película de cowboys y terminamos torturados, violados, asesinados. Dejate de joder. ¿Y quién nos previno que nos iba a pasar todo eso, antes de meternos? ¿Quién?

MARIANA.- ¿Quién querías?

ALICIA.- Vos y yo teníamos diecisiete años. ¡Diecisiete años! ¡Nos inventaron una revolución, nos pintaron una utopía, pero nadie nos dijo cómo íbamos a terminar!

MARIANA.- ¡Genial! ¡Ahora toda la culpa la tenemos nosotros! ¿Los milicos no cuentan?

ALICIA.- Los milicos hicieron lo que se les mandó, que es lo único que saben hacer. Los que a mí me calientan son los que nos usaron como carne de cañón.

MARIANA.- Qué bien que te lavaron el cerebro.

ALICIA.- Nos metieron en una guerra a chiquilines que no servíamos ni para avisar quién viene. Toda una generación aniquilada, descuartizada, por un ideal ridículo. Por una mentira de la que no queda nada. Absolutamente nada.

Pausa.

MARIANA.- Mamita querida.

ALICIA.- ¿"Mamita querida" qué?

MARIANA.- ¡Lo que puede hacer en la cabeza de una persona, la sucursal Ciudad Vieja de un banco extranjero!

ALICIA.- Eslogan sesentista número uno: la culpa la tiene la banca extranjera.

MARIANA.- (*Tratando de ordenar sus pensamientos*). Oíme, superchica 2002... oíme. Yo no creo que todo fuera color de rosa. Yo admito que nos equivocamos en algunas cosas.

ALICIA.- Periodistas, prendan las cámaras.

MARIANA.- Hay que asumir que éramos guachos y que éramos inmaduros y que no medimos las consecuencias y todo lo que quieras. ¿Pero sabés qué? La cabeza no es todo en la vida. Yo reivindico que tuvimos la capacidad de soñar. Una voluntad... te diría... instintiva de cambiar el mundo. Ideales, Alicia, teníamos ideales. Lo nuestro no pasaba por tratar de conseguir un buen laburo para acomodar el cuerpo. Lo nuestro era pesado. Era importante de verdad. Vos analizás esa época con cabeza de hoy. Con cabeza de TV cable, tarjeta de crédito y cajita feliz de McDonald's. Pero todo eso no existía. Los parámetros eran otros. Los parámetros eran Neruda, el Che, los cañeros, Rubén Castillo... Era un orden careta que se estaba resquebrajando y que nosotros teníamos que terminar de derribar, para poder respirar. Y nuestro alimento espiritual de todos los días no era Marcelo Tinelli. Era la poesía. Era la pasión. La rebeldía. ¿Cómo hiciste para olvidarte de todo eso?

Alicia hace silencio, sin dejar de mirar a Mariana.

ALICIA.- ¿Terminaste?

Mariana asiente y Alicia comienza un aplauso burlón.

ALICIA.- Bravo. Casi me hacés llorar. Te pido que por un instante te puedas hacer a la idea de que mi forma de pensar de hoy... increíblemente... puede provenir de la lectura y del razonamiento, y no de Marcelo Tinelli o McDonald's. Claro: pedirte esto es suponer que algún día te va a dar la cabeza para pensar en serio, de verdad, en lugar de seguir aplicando estereotipos, polarizaciones "es blanco o es negro", esos mismos esquemas que nos enseñaban los profesores en el liceo, nuestros primeros surtidores de línea, que muchos, cuando llegó la dictadura, se quedaron abrigaditos en la casa mientras nosotros marchábamos al matadero.

MARIANA.- Tu posición es permanentemente la de quitarte responsabilidad, quitarte responsabilidad, quitarte responsabilidad. "Yo no fui, fue Mariana". "Yo no fui, fueron los profesores". ¿Tan poco te querés? ¿Tan poco sos capaz de reconocerte a vos misma, lo que vos eras, lo que vos sentías, lo que a vos te calentaba, lo que a vos te mojaba?

ALICIA.- Nosotras sí teníamos derecho a equivocarnos. Con padres resentidos, que cuando eran jóvenes habían vivido en la Suiza de América, en farra corrida...

MARIANA.-... no todos.

ALICIA.-... y que a la altura de los 70 miraban derrumbarse todo sin entender un carajo. Como estúpidos. Con milicos bancados por Nixon, adiestrándose en Panamá; bolches bancados por la Unión Soviética, jugando a la guerrilla en Cuba y políticos mirando para un lado y para el otro, como en un partido de tenis. ¿Te das cuenta de que nosotras dos, vos y yo, éramos la frutillita arriba de la torta, que le hacía agua la boca a todos éstos? ¿Te das cuenta de que nos usaron como piezas de ajedrez, para una causa que no tenía nada que ver ni con la "capacidad de soñar" ni con los "ideales"?

MARIANA.-...

ALICIA.- ¡Mariana, por favor! Cuando quemaban las papas, los mismos que nos habían manejado se deshicieron de nosotros. "Dejame rajar y te doy el archivo de la U.J.C."

MARIANA.- Eso no es verdad.

ALICIA.- Los rusos le compraron carne a los milicos uruguayos. Pero carne de vaca. No la carne nuestra, que a esa altura ya no valía nada.

MARIANA.- Por lo menos te tengo que reconocer el ingenio de haberte armado una explicación de los hechos que, aunque esté basada en mentiras y medias verdades, cierra. Te felicito.

ALICIA.- Gracias.

MARIANA.- Y te extraño.

ALICIA.- ¿Qué?

MARIANA.- Extraño a aquella chiquilina que creía en lo que ahora no cree y que en esa época tenía mucha más luz en los ojos que ahora.

ALICIA.- Yo también te extraño.

MARIANA.- ¿Ah, sí?

ALICIA.- Pero de más atrás. Extraño a la que llegó a la fiesta de quince con el mismo disfraz que me puse yo y que, en lugar de achicarse, se largó al medio de la pista, a bailar el Danubio Azul conmigo, a las risas. Ésa es la Mariana que yo extraño. Ésa es la época que me gustaría recuperar, porque me la arrancaron.

MARIANA.- Tinelli... McDonald's... y ahora "Chiquititas"...

ALICIA.- No me tomes en serio. Es muy uruguayo eso de aferrarse al pasado.

MARIANA.- El pasado es lo mejor de uno.

ALICIA.- Es nada más que el comienzo de uno. No es lo mejor.

Brusco cambio de luz. Un faro piloto cae sobre el rostro gélido de Alicia, en medio de la más completa oscuridad. Se escucha el tic tac de un reloj.

ALICIA.- No. *(Pausa)*. Que no voy a hablar. *(Pausa)*. No habló. No es cierto. *(Pausa)*. ¿Qué Pablo? *(Pausa)*. Qué Pablo. *(Pausa)*. No tengo novio. *(Pausa)* No conozco a ningún Pablo. *(Pausa)*. Que no, le digo. No. *(Pausa)* No fumo. *(Pausa)*. No quiero, ya le dije que no fumo. *(Pausa. Alicia grita de dolor, como si la hubieran quemado con el cigarrillo)*.

El faro piloto de Alicia se apaga y se enciende otro que ilumina el rostro congestionado y tembloroso de Mariana. El tic tac del reloj se transforma en el latido de un corazón, de aceleración creciente.

MARIANA.- No. *(Pausa)*. Que no voy a hablar. *(Pausa)*. No le creo. Estoy segura que no habló. *(Pausa)*. Qué Pablo. *(Pausa)*. No sé de qué Pablo está hablando. *(Pausa)*. Nunca tuve ningún compañero de banco. *(Pausa)*. No, a ella nunca le conocí ningún novio. *(Pausa)*. No nos metió nadie. No conozco a ningún Pablo.

Nuevo cambio a tic tac y luz sobre Alicia.

INTERROGADOR.- *(en off)* Tu amiga me contó algo que te puede interesar. ¿Sabías que Pablo le daba a ella también, que se las cogía a las dos a la vez? Un maestro el Pablo ése. Buena carne se garchó. *(Pausa)*. Epa epa epa epa. ¿Qué problema tenés conmigo? Yo no te hice nada. Al contrario, te informo cosas que tu querida amiga nunca te informó y todavía te calentás. *(Pausa)*. Yo te puedo contar más, si vos me contás más. Es así de simple. *(Pausa)*. No me putees, no seas mala. ¿Qué te hice yo a vos? ¿Te hice algo? Al contrario, vos sabés que el que te puede sacar de todo esto soy yo. *(Pausa)*. Yo a la picana no la quiero ni ver. Mirá, te confieso algo: me descompone. No puedo creer que haya gente capaz de hacer sufrir a otro. No me entra en la cabeza. *(Pausa)*. Y eso de violarlas, es asqueroso. No lo puedo entender. Yo soy casado. Me casé con mi novia de toda la vida. Tengo tres hijas divinas. Una hasta tiene tu edad. ¿Te imaginás el asco que me da pensar que a ustedes las atan de las piernas y de las manos y se las cogen? Es desagradable. *(Pausa)* Y te aclaro que tengo la autoridad para pararlo. Lo único que necesito es... una señal tuya. Buena disposición. Nada más.

Cambio de luz al rostro de Mariana. El tic tac se convierte otra vez en el latido de corazón.

INTERROGADOR.- El heroísmo no da para más. El movimiento de ustedes está liquidado. Hay un chico que se llama Amodio Pérez, que está trabajando para nosotros. Es una mierda de chico. Una verdadera mierda. Yo respeto al enemigo que se la juega, como vos. Pero este traidor hijo de puta... ya es una risa... Está saliendo en una camioneta, con dos o tres tiras de particular y... donde ve un tupa, para, se baja, lo saluda y lo meten para adentro. Parece joda. Y no sé si lo conocés, pero no es ningún mandaderito. Es de la dirección. Se conoce a todo el mundo. Con un tipo así, están todos regalados. ¿Te parece que justifica que vos te emperres, con el partido perdido? *(Pausa)*. No, muchacha, no es así, no es así. Vos sabés cómo es la burocracia. Si estás acá, algo tenés que decir. Para algo tenés que servir. A mí no me pagan para que todo el trabajo lo haga ese chico Amodio Pérez. Yo algo te tengo que sacar. Para ellos es lo mismo si la quedás en la máquina. Y yo te digo sinceramente: otra máquina más no vas a aguantar. Me tocó ver tipos fuertes, quedándola como los mejores. Vos más no vas a aguantar. Hablame de Pablo.

Luz sobre Alicia. Tic Tac.

ALICIA.- No lo conozco.

Luz sobre Mariana. Latidos.

MARIANA.- No lo conozco.

El tic tac y los latidos se mezclan y crecen en volumen.

INTERROGADOR.- Entonces morite, hija de puta.

El tic tac y los latidos se hacen ensordecedores.

Se escucha la explosión de una bomba.

Los faros piloto y el sonido se apagan bruscamente.

Pausa.

ALICIA.- *(En el oscuro).* ¿Se habrá muerto?

MARIANA.- *(Ídem)* ¿Quién? ¿El que nos citó?

ALICIA.- *(Ídem)* Pablo.

La luz general se enciende bruscamente. Mariana y Alicia continúan el diálogo que acaban de iniciar.

MARIANA.- No sé, che. La verdad que no sé. No creo. Yerba mala...

ALICIA.- Era bueno. Demasiado bueno.

MARIANA.- *(Sonriendo).* Ya sé...

ALICIA.- Yo pienso en él todo el tiempo.

MARIANA.- ¿No me jodas? ¿Todavía hay amor y todo?

ALICIA.- Y todo.

MARIANA.- ¡Qué fuerte! No te puedo creer. ¿No tenés pareja?

ALICIA.- Tuve. Viví con un tipo como siete años. Y con otro salí dos años. Pero nunca fue lo mismo.

MARIANA.- Me dejás helada.

ALICIA.- Mirá... yo aprendí que hay una sola persona en la vida que te mueve el piso. Te puede gustar algo de alguien. Pero eso de estar todo el día esperando verlo. Esa electricidad que te recorre por dentro cuando escuchás que está poniendo la llave en la puerta. Esa cosa misteriosa de hacer el amor con una armonía perfecta. Eso sólo lo sentí con Pablo.

MARIANA.- Bueno... por suerte hubo algo en lo que no cambiaste. Lo único que faltaba era que te hubieras casado con un milico.

ALICIA.- Las cosas que sentís en tu cuerpo no cambian. Cambia el aire con que te llenan la cabeza.

MARIANA.- Cambian los cortes de pelo. La manera de vestirte. La forma de hablar. Pero los ideales no. No seas mala. Los ideales no cambian.

ALICIA.- Vos misma lo decís. Cambia la forma de hablar. ¿Y qué son los ideales? Formas de hablar.

MARIANA.- ¿Y entonces ahora, qué? Hablemos un poco de ahora. ¿Cuáles son las "palabras" adentro de tu cabeza? ¿En qué creés?

ALICIA.- En Dios.

Pausa.

MARIANA.- ¿Dios, banca extranjera y qué más?

ALICIA.- No estoy jodiendo. A veces pasa que te viene un cáncer, pero al final te salvás. Que te das vuelta en el auto a 140 pero salís viva. Bueno, sobrevivir a una guerra es lo mismo: se lo debés a una gran casualidad o a Dios.

MARIANA.- ¿No estarás metida en alguna de esas sectas evangélicas?

ALICIA.- No. Y no vengas a criticar a las sectas justamente vos.

MARIANA.- ¿Nunca los escuchás por la radio? Yo me divierto como loca. Cuando no te puedas dormir, ponelos. Son el mejor programa cómico. Los tipos llegan al extremo de venderte que escuchar el programa, así nomás, hace milagros. Un viejo contó que se operó de la próstata y le dolía horrible, entonces, puso el programa y se pasó la radio por la próstata. Es sublime.

ALICIA.- Sería sublime, si no fuera ésa misma la gente por la que luchamos.

MARIANA.- Bueno, perdimos, ¿no? Pero seguime contando de vos. ¿Qué esperás de la vida?

ALICIA.- Cosas muy sencillas. Cambié los "ideales" por aspiraciones muy concretas.

MARIANA.- Una buena casa, un buen auto, vacaciones en el Caribe...

ALICIA.- Tener un hijo.

MARIANA.- Ah. Perdoname.

ALICIA.- No es tarde. ¿O para vos es tarde?

MARIANA.- Estás al filo, ¿no? Pero no es tarde. Yo... para mí... no me lo planteo pero... puede ser.

ALICIA.- No me importa si no tengo pareja. Ningún hombre me interesa tanto como para... apostar... a esta altura... Yo tengo mis mañas y no me voy a bancar volver a lavar calzoncillos y planchar camisas.

MARIANA.- Claro... a esta altura...

ALICIA.- Pero eso no quiere decir que no pueda ser madre. Creo que ahora estoy lo bastante bien económicamente como para encarar ese tema...

MARIANA.- No veo qué tiene que ver que nades en guita.

ALICIA.- No nado en guita. Estoy bien. Punto.

MARIANA.- Pero la decisión de parir no pasa por lo material. Podés parir sin tener un mango. No pasa por ahí.

ALICIA.- ¿Y después cómo hacés? ¿Con qué pagás la escuela, la mutualista...?

MARIANA.- Por suerte hay algo que sobrevivió al período jurásico. ¿Sentiste hablar de la escuela pública y la salud pública?

ALICIA.- Sí. Tengo entendido que son unos lugares donde se hace todo mal, pero no hay nadie que se haga responsable.

MARIANA.- Será por culpa de tus políticos.

ALICIA.- No, querida, míos no son. Te lo puedo asegurar.

MARIANA.- Tendrías que ver lo que se sacrifican las maestras de primaria.

ALICIA.- Por suerte cada tanto hacen algún paro y se van a mirar vidrieras.

MARIANA.- ¡Pero no seas fascista!

ALICIA.- Ahí. Ahí se empieza a abrir la brecha entre los preparados y los analfabetos. La mayoría de los privados no hacen paro.

MARIANA.- ¡Pero si los docentes son los mismos!

ALICIA.- ¡Justamente, son los mismos! Y en los públicos no les importa faltar, porque igual no pasa nada. En cambio en los privados no faltan, porque si no, los echan a la mierda.

MARIANA.- En los públicos hacen paro porque se caen los techos. Porque en invierno están los vidrios rotos. Porque la educación en este país está dejada de la mano de Dios.

ALICIA.- Hacen paro primero que nada porque saben que parando consiguen cosas. Porque en este país no hay autoridad. No hay nadie con huevos que los obligue a ir a laburar. Los políticos lo único que hacen es cuidar su imagen. No quieren salir en la tele como unos antipáticos. Pero a los guachitos que pierden horas de clase nadie los cuida. No los defiende nadie. Simplemente crecen menos preparados que los que tienen plata. Se joden.

MARIANA.- Mirate, reclamando autoridad. "Los políticos son unos boludos. Acá necesitamos mano dura". ¿En dónde vas a terminar?

ALICIA.- No estoy hablando de mano dura, estoy hablando de autoridad. (*Señala el retrato de Artigas*). Ésa que "emana de vosotros", ¿te suena? El problema es ése: como nadie ejerce autoridad, la gente termina pidiendo mano dura, igual que antes. Y así empiezan las cagadas.

MARIANA.- Si te escuchara Pablo.

ALICIA.- Perdoname, Mariana, pero el recetario de los sesenta me tiene podrida. Yo evolucioné, pero veo que en este país hay una inercia... El mundo se dio vuelta como una media y nosotros seguimos agarrados al retrato del Che Guevara.

MARIANA.- Ojalá lo agarráramos más seguido. Ahora que lo único que importa es hacer guita y pisarle la cabeza al que está abajo.

ALICIA.- Ojalá no fuéramos tan soberbios y tan ignorantes. Eso fue lo peor de la dictadura. Eso fue lo peor.

MARIANA.- Qué fue lo peor, a ver.

ALICIA.- Nos encerraron tanto en sus jingles y en sus homenajes a Lorenzo Latorre, que la última línea que recibimos fue la del 68. No miramos para afuera nunca más. Nos quedamos repitiendo de memoria "Las venas abiertas de América Latina". Y cuando tuvimos la posibilidad de enterarnos de algo nuevo, porque volvió la democracia, cerramos los ojos y quedamos aferrados de todo aquello, como el nene en el tren fantasma que se tapa con la mano de la mamá.

MARIANA.- Ya te veo. (*Cantando con la música de "A desalambrar"*). "A privatizar, a privatizar".

ALICIA.- No queda otra pólvora que inventar, Mariana. Es tan simple como que, si me voy a poner un teléfono, pueda elegir entre distintas empresas, que compitan para darme el mejor servicio y el precio más barato.

MARIANA.- Es tan simple como que nos sigan despojando. Quitándonos lo que es nuestro.

ALICIA.- ¿Qué es nuestro para vos? ¿Las empresas públicas para vos son nuestras?

MARIANA.- Son de lo poco que nos queda.

ALICIA.- Serán tuyas, no sé cómo, porque mías no son.

MARIANA.- ¿Ah no?

ALICIA.- Si fueran mías, a fin de año me dirían cuánto me toca de las ganancias. Y nunca me dan nada.

MARIANA.- ¿Entonces mejor regalamos todo?

ALICIA.- Lo vendemos.

MARIANA.- Claro. Y empezamos justo por lo que da ganancias, qué casualidad.

ALICIA.- ¿Qué querés? ¿Empezar por lo que da pérdidas? Si te estás muriendo de hambre y tenés en el garage una bicicleta y un auto cero quilómetro, ¿cuál de los dos venderías?

MARIANA.- Si tengo una camioneta que me sirve para laburar, no la vendería.

ALICIA.- Tu camioneta que te sirve para laburar, la banco yo pagando impuestos hasta por ir al baño.

MARIANA.- Yo no te veo muy al tanto de lo que pasa en este país. De lo que pasa de verdad ¿Estás al tanto de que cada vez vive más gente en los cantegriles, que en el campo se están muriendo de hambre, que cada día se ven más madres solteras adolescentes que salen a prostituirse, que casi la mitad de los chiquilines de este país nacen pobres? ¿Vos te creés que lo que le preocupa a esa gente es no poder elegir a quién comprarle un teléfono?

ALICIA.- No entendés un carajo de economía, Mariana.

MARIANA.- Puede ser. Pero no ando de Pocitos a Ciudad Vieja y de Ciudad Vieja a Pocitos, en un cero quilómetro con reproductor de cedés.

Brusco cambio de luz. Primero, Artigas. Segundos más tarde, dos faros pilotos iluminan los rostros de Mariana y Alicia, en las mismas posiciones en que estaban en el flash back anterior. Ninguna de las dos trasunta todavía signos de violencia en sus rostros. A pesar de que están diametralmente alejadas, se hablan en voz baja, casi susurrada, siempre mirando hacia delante.

MARIANA.- Alicia... ¿estás ahí?

ALICIA.- Mariana... ¿sos vos?

MARIANA.- (*Emocionada*). Sí, mi amor. Soy yo.

ALICIA.- ¿Estás bien?

MARIANA.- Un poco asustada. Pero bien. ¿Vos? ¿Tu pancita?

ALICIA.- No sabés cómo pateo. Éste va a salir todavía más guerrero que yo.

MARIANA.- (*Sollozando*). Cuidalo, che. Cuidalo mucho, por favor...

ALICIA.- No aflojes. No aflojes que no nos va a pasar nada.

MARIANA.- ¿Cómo sabés?

ALICIA.- Haceme caso a mí. Si te amenazan con algo es para asustarte. Pero no te van a hacer nada.

MARIANA.- Qué tarada que fui, ¿no?

ALICIA.- No, mi amor, le podía pasar a cualquiera.

MARIANA.- Vos me querías hacer entender que me fuera corriendo. Y yo te insistía que quería entrar, como una tarada.

ALICIA.- Se me metieron en casa y se quedaron esperando hasta que llegaron ustedes.

MARIANA.- A Pablo no lo agarraron, ¿no?

ALICIA.- No, mi amor, no sé, pero creo que no. Viste cómo es... eso de que llega tarde a todos lados, anoche le sirvió.

MARIANA.- (*Riendo tristemente*). Alicia... ¿nos van a torturar?

ALICIA.- No, cómo se te ocurre.

MARIANA.- Yo creo que nos van a torturar, Alicia.

ALICIA.- (*Dándole ánimos, pero demostrando en el rostro que es sólo eso*).

No, Mariana, no. No nos pueden tocar. Se les vendrían encima Amnesty Internacional y todos los gobiernos que están con el tema de los derechos humanos. No nos van a hacer nada.

MARIANA.- Dios te oiga, Alicia.

ALICIA.- Che... ¿qué es eso de "Dios"? Vamos, compañera, Dios no existe.

MARIANA.- A veces conviene creer un poco.

ALICIA.- Macanas. Nosotras tenemos un objetivo y nadie nos va a desviar. Ni los milicos de mierda ni ese Dios de mentira. Nadie.

MARIANA.- Shh.

ALICIA.- Nosotras peleamos por la justicia. Para que la gente no tenga que vivir en cantegriles. Para que en el campo no se mueran de hambre. Para que no haya más madres solteras adolescentes que salgan a prostituirse. Para terminar con que casi la mitad de los chiquilines de este país nacen pobres. ¿Vos creés que hay algo más importante que eso?

MARIANA.- Tengo miedo. Tengo mucho miedo.

ALICIA.- No te achiques, divina. Vamos a cantar. Dale...

Alicia empieza a cantar a capella.

ALICIA.-

Dónde está Heloísa,

Dónde está, dónde está.

Dónde está su risa,

Dónde está, dónde está...

Al no obtener respuesta, prueba con otra canción.

ALICIA.-

Esa tristeza que tienes

Viene de un rostro cansado,

Viene de manos abiertas,

De manos que han escapado...

Otro intento.

ALICIA.-
Con mi barca yo me iré
A naufragar...

Otro.

ALICIA.-
Vagando por las calles,
Mirando la gente pasar,
La gente pasar,
El extraño del pelo largo
Sin preocupaciones va.

Inesperadamente, Mariana empieza a cantar. Alicia se emociona.

MARIANA.-
Muchacha ojos de papel,
Adónde vas,
Quédate hasta el día.
Muchacha pequeños pies
No corras más,
Tu tiempo es hoy.

ALICIA y MARIANA.- (*Juntas*).
Y no hables más, muchacha.
Corazón de tiza.
Cuando todos duermen,
Te robaré un color.

Las luces sobre ellas se desvanecen, quedando el foco que ilumina el retrato de Artigas.

Cambio de luz. Alicia se está retocando el maquillaje, mientras Mariana juega a atar y desatar los cordones de los championes. Durante unos instantes, permanecen en silencio.

MARIANA.- Alicia...

ALICIA.- ¿Sí?

MARIANA.- El bebé...

ALICIA.- Qué bebé.

MARIANA.- El que perdiste. ¿Cómo le pensabas poner?

ALICIA.- No me acuerdo bien. Creo que Ernesto.

MARIANA.- Por el Che.

ALICIA.- Por el Che.

MARIANA.- "Ernesto Gaínza Ibáñez". No sonaba mal.

ALICIA.- Mariana... por favor...

MARIANA.- ¿No hay algo que no te queda claro?

ALICIA.- ¿Sobre qué?

MARIANA.- Sobre Pablo.

ALICIA.- Lógico. No sé dónde está.

MARIANA.- Porque vos lo querías mucho, ¿no?

Alicia asiente con la cabeza. Siguen sin mirarse, cada una en su juego.

MARIANA.- ¿Y él a vos?

ALICIA.- Preguntale a él, si lo llegás a ver. Yo creo que también me quería.

MARIANA.- ¿No te parece raro?

ALICIA.- ¿Qué?

MARIANA.- Perdoname que te diga, pero, ¿no te parece raro que después de todo lo que vos pasaste, no te haya buscado... y más, sabiendo que estabas embarazada?...

Alicia deja de maquillarse y mira a Mariana con rencor.

MARIANA.- No te enojés, pero... ¿nunca lo pensaste?

Alicia sigue mirándola fijamente. Mariana ya no puede esquivarla.

MARIANA.- Te enojaste. Perdoname, en serio. Yo sólo... quería... decirte lo que sentiría si...

ALICIA.- ¿Vos qué sabés de Pablo?

MARIANA.- ¿Cómo perdiste al bebé?

ALICIA.- Contestame vos a mí.

MARIANA.- Preguntame lo que quieras. No me enojo.

ALICIA.- Ya te pregunté.

MARIANA.- ¿Qué me preguntaste?

ALICIA.- ¿Qué sabés de Pablo?

MARIANA.- (*Jugando a distender*). Che... aflojá... esto parece los interrogatorios que nos hacían en la dictadura.

ALICIA.- No te hagas la graciosa.

MARIANA.- Recién ahora me parece estar entendiendo algo.

ALICIA.- Contestame.

MARIANA.- Tu mala onda, desde que nos encontramos acá... No es contra mí. Ni contra esta gente. Es por Pablo. Como no lo viste más, te la agarrás con el primer amigo en común que se te cruza. Es eso, ¿no?

ALICIA.- Vos siempre te pusiste en el medio.

MARIANA.- Dejate de joder.

ALICIA.- Vos siempre manipulaste nuestra relación.

MARIANA.- No seas estúpida.

ALICIA.- Contame qué sabés de él.

MARIANA.- Está muerto.

ALICIA.- ¿Qué?

MARIANA.- Está muerto. O no. Está desaparecido. Cayó en cana después que nosotras y lo vieron por última vez en el 78.

ALICIA.- Eso no es verdad.

MARIANA.- Me daba pena decírtelo.

ALICIA.- Eso no es verdad porque no está en las listas. Tendría que estar en las listas.

MARIANA.- Hay gente que no entró en las listas, pero que nadie sabe dónde está.

ALICIA.- Eso es estúpido.

MARIANA.- Hay muchos más desaparecidos de los que aparecen en las listas.

ALICIA.- No digas imbecilidades. Eso es un invento.

MARIANA.- Hay más. O hay menos. Es lo mismo. Es todo lo mismo.

ALICIA.- Estás delirando.

MARIANA.- De todas maneras, no cambia las cosas. Al contrario, creo que tendrías que quedarte más tranquila.

ALICIA.- Yo me voy de acá.

Toma la cartera resueltamente y se dirige a la salida.

MARIANA.- No vas a poder.

ALICIA.- ¿Qué te pasa? ¿Qué tenés? ¿De qué mierda estás hablando?

MARIANA.- Tendrías que quedarte más tranquila. No es que Pablo no te buscara porque no te quiere. No te buscó porque está muerto.

Alicia le da una fuerte bofetada. Mariana ni se inmuta, pero Alicia, enseguida, rompe a llorar. Mariana intenta abrazarla y Alicia la rechaza, queriendo golpearla con los puños cerrados, llorando a gritos. Mariana la toma de las muñecas.

MARIANA.- Basta.

ALICIA.- Vos estás loca. Estás totalmente loca. Estuve una hora hablando con alguien que está mal de la cabeza.

MARIANA.- No, che...

ALICIA.- ¡No me digas más "che"! ¡No me digas nunca más "che"!

MARIANA.- Calmate.

ALICIA.- (*Desequilibrada*). Yo leo los diarios, loca. Yo sé exactamente cuántos son y quiénes son los desaparecidos. Loca. Te puedo decir los ciento setenta nombres de memoria. Loca.

MARIANA.- (*Cortante*). Ni vos ni yo tenemos la menor idea de nada.

Brusco cambio de luz. Haz sobre Artigas.

ARTIGAS.- (*En off, pero no ya con voz monótona, sino por el contrario, coloquial y dicharachera*). Yo creo que a esta altura, con un mamotreto de bronce en la

Plaza Independencia y versiones libres de mi cara en cuanto plaza de pueblo hay en este país, tengo derecho a decir lo que siento. ¿Qué me vienen a joder con eso de que soy un prócer? ¿Prócer de qué? Los obligan a los pobres chiquilines, en la escuela, a aprenderse de memoria frases que yo nunca dije, que me las escribían Miguel Barreiro o el pelado Larrañaga... y siguen dejando crecer la bola de que el Uruguay existe por mí, cuando fue al revés, el Uruguay existe a pesar mío. Yo no quería este paisito de mierda que no vale nada. Yo quería algo más grande, algo que se pudiera defender mejor. Pero claro, primero me cagaron de todos lados y cuando me sacaron de la cancha se preguntaron: ¿"ahora cómo podemos usar a este viejito al pedo"? El invento de que soy un prócer fue de los blancos y colorados, que precisaban terminar con esa guerra civil estúpida y sanguinaria y necesitaban un cabeza de turco con cierta fama, que no hubiera sido de ninguno de los dos bandos. ¿Y quién fue el cartón ligador? ¡Papá! A partir de ahí, le vine como anillo al dedo a todo el mundo: los liberales se hicieron gárgaras con mis ideas de libre comercio, los bolches, con mi reglamento de tierras, los milicos, con mis estrategias militares, los tupas, con mis tácticas guerrilleras. Era muy simple: yo nunca fui muy coherente que digamos en lo ideológico; más o menos hice las cosas de acuerdo con el momento que se estaba viviendo y con lo que me decía mi sentido común. Entonces todos tienen una parcelita de mi vida para explotar en su provecho. ¿Pero quieren que les diga la verdad? Me tienen podrido. Yo nunca me paré en la pose ésa de macho como me retrató Blanes, ni me trabajé un generoso con el sombrero en la mano como me esculpió Zorrilla de San Martín. No, señores, no. Por lo menos al viejo Herrera lo esculpieron igual a como le habían sacado una foto, pero esa onda de Gary Cooper en "A la hora señalada" no va conmigo, no va. ¿Un consejo? Bájenme de ese caballo de bronce. No adoren a nadie. Y si quieren inventar feriados para salvarse de ir a laburar, háganle homenajes a la gente que está haciendo ahora lo que hay que hacer, que es informarle al mundo que el Uruguay existe y no es una cueva de charrúas. Háganle monumentos a Carlitos Ott, a Natalia Oreiro, a Benedetti y Galeano, a Jaime Roos, al flaco Gestoso, a Milton Wynants, al negro Rada y a Leo Masliah. Ah. Y me olvidaba: también a Los Fatales.

El foco del retrato se apaga bruscamente. La luz de una linterna ilumina el rostro de Mariana. Es Alicia quien lleva la linterna en sus manos. El diálogo que entablan las muestra adolescentes, casi aññadas.

ALICIA.- Mariana... Mariana, despertate.

MARIANA.- ¿Eh? ¿Alicia? ¿Sos vos? ¿Qué hacés en mi cuarto? ¿Cómo entraste?

ALICIA.- Por la ventana.

MARIANA.- (*Riendo*). ¿Sos tarada? ¡Estaba durmiendo!

ALICIA.- Dale, levantate y vamos a la reunión.

MARIANA.- ¿Qué reunión? ¡Andá a acostarte que mañana tenemos escrito de Historia!

ALICIA.- Olvidate del escrito.

MARIANA.- Andate, que si te llegan a escuchar mis viejos me rajan a patadas en el culo.

ALICIA.- ¿Qué importa? ¡Eso no es nada, al lado de lo que se va a hablar en la reunión!

MARIANA.- ¿Qué reunión?

ALICIA.- Prendé la luz.

MARIANA.- ¡Estás loca! ¡Si se despiertan mis viejos...!

ALICIA.- ¿No te acordás de la reunión, bobita?

MARIANA.- ¿Qué es? ¿Otra ocupación?

ALICIA.- No, es mucho más que eso. Se está armando un grupo...

MARIANA.- ¿Un grupo de qué?

ALICIA.- ¿Estás en la luna de Valencia vos? ¿No viste lo que está pasando? ¿No escuchaste hablar de la revolución?

MARIANA.- Sí.

ALICIA.- No podemos entrar así, enseguida, pero podemos formar un grupo de apoyo, empezar a colaborar...

MARIANA.- ¿Estás tarada? ¡Mis viejos me matan!

ALICIA.- ¡Tus viejos no se enteran!

MARIANA.- Pero no me jodas, che...

ALICIA.- ¿Te das cuenta? Tendrías que estar orgullosa. Somos jóvenes en el momento justo y en el lugar justo. Tenemos la oportunidad de participar en algo único. De subirnos a una ola de justicia que es mundial. Mundial. Gracias a nosotras...

MARIANA.- Gracias a vos nos va a ir como el traste en el escrito.

ALICIA.- No entendés un carajo de Economía, Mariana.

MARIANA.- Puede ser, pero no me meto en la casa de la gente por la ventana.

ALICIA.- ¿Sabés a quién lo convencí, para que venga?

MARIANA.- ¿A quién? ¿A Pablo Gaínza?

ALICIA.- Sí, señorita. A Pablo Gaínza en persona.

MARIANA.- Pah. ¿Va a ir?

Alicia asiente, satisfecha.

ALICIA.- Lo enloquecí tanto que va a ir. No se quería meter, viste cómo es él, que siempre está como en las nubes. Pero le hablé, le hablé, le hablé y le llené tanto la cabeza que hoy va.

MARIANA.- Gusta de vos.

ALICIA.- (*Riendo infantil*). No, no sé.

MARIANA.- ¡Ese tipo gusta de vos!

ALICIA.- A lo mejor sí, yo qué sé.

MARIANA.- ¡Qué maldita!

ALICIA.- "Alicia Ibáñez de Gaínza", ¿cómo te suena?

MARIANA.- Como el traste.

ALICIA.- ¡Salí, nena!

MARIANA.- "Mariana Veira de Gaínza" suena mucho mejor.

ALICIA.- *(Hace un gesto de flexionar el pulgar con el puño cerrado).* Jariola.

MARIANA.- Pah. Si va mi compañerito de banco, yo voy, ¿eh? Yo voy.

ALICIA.- Pero ése me lo dejás a mí.

MARIANA.- Pará nena, es *mi* compañero.

ALICIA.- Bueno... probá... a ver qué suerte tenés...

MARIANA.- Mmm... Bueno, dale, que me visto.

ALICIA.- ¡Bien!

MARIANA.- ¡Pero no hagas ruido! Y apagá eso.

La linterna se apaga. La luz general se enciende bruscamente: Mariana está paseándose por la sala de espera, mientras Alicia, derrumbada sobre la silla, se tapa la cara con ambas manos. Desde la entrada a la sala, se escuchan unos golpes tímidos, de nudillos sobre madera.

MARIANA.- ¿Y ahora qué onda? ¿Más gente y éstos no nos atienden? ¡Hoy no nos vamos ni a las doce de la noche!

Un muchacho de veinte años, con aspecto humilde, muy delgado, de pantalón vaquero descolorido y championes desgastados, entra a escena tímidamente. No mira a Mariana ni a Alicia. No lo hará en ningún momento.

MUCHACHO.- *(Al aire).* Hola... Buenas noches...

MARIANA.- Buenas noches.

El chico no la mira ni le contesta. Alicia se enjuga las lágrimas y lo observa con extrañeza.

MUCHACHO.- ¿Hay alguien?

Se dirige al costado y golpea las manos, primero con timidez y luego con más decisión.

ALICIA.- *(Al muchacho).* ¿Te conozco?

Él ni siquiera la mira.

MARIANA.- Sí, es gracioso. Yo también te encuentro cara conocida. Pero no sé de dónde.

De pronto, desde la oficina aparece un Hombre en mangas de camisa, con una corbata moderna, desabrochada.

HOMBRE.- *(Afable, extiende la mano al muchacho).* ¿Cómo estás, mi querido?

MUCHACHO.- ¿Qué tal, señor?

HOMBRE.- Por favor, tuteame.

MUCHACHO.- Bueno...

Hay un momento de silencio incómodo entre ambos.

MARIANA.- *(Al Hombre).* ¿Lo va a atender a él primero? Porque nosotras estamos desde las ocho.

Ninguno de los dos repara en Mariana.

HOMBRE.- *(Al muchacho).* Bueno, mirá, vamos al grano. Sentate.

Le indica la silla en donde está sentada Alicia, que al ver que el muchacho se dirige hacia allí, se levanta de un salto, para que él se siente.

MUCHACHO.- ¿Vinieron los resultados?

HOMBRE.- Vinieron esta misma tarde.

Alicia y Mariana quedan de espaldas al público, mirando a los dos hombres, estáticas.

MUCHACHO.- Bueno... entonces... usted dirá... Digo... vos...

HOMBRE.- Se confirmó lo que pensábamos.

MUCHACHO.- *(Emocionándose).* ¿Se confirmó?

HOMBRE.- Sí, mi viejo.

Alicia y Mariana, aún de espaldas al público y ya en penumbra, se toman de la mano. La luz se concentra sobre los dos hombres.

MUCHACHO.- Entonces yo no soy... *(dice su propio nombre, el del actor que está representando este papel).*

HOMBRE.- No, mi querido, no. Tu nombre verdadero es Ernesto Gaínza Ibáñez.

Alicia y Mariana se abrazan y el sector donde se encuentran se empieza a oscurecer muy lentamente.

HOMBRE.- *(Mostrándole al muchacho una carpeta).* Tus padres biológicos se llamaban Pablo Gaínza y Alicia Ibáñez, que te tuvo en el Hospital Militar, el 24 de marzo de 1977. Ella y su amiga Mariana Veira desaparecieron ese mismo año y tu padre, en 1978.

MUCHACHO.- ¿Puede ser que estén vivos?

El hombre le palmea el hombro, como toda respuesta.

MUCHACHO.- Y entonces... los restos... ¿Se puede llegar a averiguar dónde están?

HOMBRE.- (*Paternal, acariciando la cabeza del muchacho*). Es muy difícil. No creo que lo sepamos nunca.

El muchacho baja la cabeza. La carpeta abierta le tiembla en las manos. El hombre lo abraza con cariño.

HOMBRE.- Bueno... no aflojes, che.

MUCHACHO.- ¿Y yo, ahora, cómo hago?

HOMBRE.- ¿Cómo hacés, qué?

MUCHACHO.- ¿Por qué me hicieron esto?

HOMBRE.- Nosotros lo que queremos es que vos...

MUCHACHO.- ¿Cómo hago? ¿Quién tengo que ser?

HOMBRE.- Vos sos...

MUCHACHO.- ¿Dónde están los restos?

HOMBRE.- Nosotros...

MUCHACHO.- ¿Por qué yo? (*Pausa*). ¿Por qué a mí? (*Pausa*). ¿Y ahora qué? (*Pausa*). ¿Qué tengo que hacer? (*Pausa*). ¿Qué puedo hacer? (*Pausa*). ¿Por qué me hicieron esto? A mí. ¿Por qué a mí? (*Pausa*). ¿Quién tengo que ser? (*Pausa*). ¿Por qué pasó todo lo que pasó? (*Pausa*). ¿Nadie pensó en mí? ¿Nadie? ¿Todos estaban en sus cosas y nadie pensó en mí? (*Pausa*). ¿Por qué no lo puedo tratar de usted? (*Pausa*). ¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? (*Pausa*). ¿Escarbar la tierra?

HOMBRE.- Ahora... tenés que mirar para adelante.

MUCHACHO.- ¿Y dónde es adelante?

Mientras la luz baja suavemente sobre el muchacho, que se toma la cabeza con las dos manos, se escucha en off un diálogo de dos adolescentes risueñas.

MARIANA.- No me digas de qué te vas a disfrazar...

ALICIA.- Vos tampoco me digas nada.

MARIANA.- Nos tenemos que descubrir, ¿tá?

ALICIA.- Ponete una careta que te tape bien toda la cara y no hables.

MARIANA.- Tá. A que no me descubris.

ALICIA.- A que sí.

Ríen a carcajadas. Se escucha el rumor de un centenar de personas en una fiesta.

Empieza a sonar el Danubio Azul de Strauss. Seguimos escuchando las voces en off.

ALICIA.- Mariana... ¿Sos vos?

MARIANA.- ¡Alicia! ¡No lo puedo creer! ¡Alquilamos el mismo disfraz!

ALICIA.- ¡El mismo! ¡Es de no creer!

Girando con el Danubio Azul, resuenan sus carcajadas juveniles, llenas de pasión por la vida.

Fin de "El estado del alma"